

Padre se escribe con p de presencia

La adolescencia es una etapa difícil. Para los adolescentes y para sus padres. En ese momento de desestructuración, cambios, transformaciones físicas y psíquicas profundas, la presencia del padre es esencial. Sin embargo hoy no resulta fácil definirla. Algunos padres, para no repetir la experiencia autoritaria que sufrieron como hijos, quieren ser "los mejores amigos" de éstos: no ponen límites, acceden a todo y esperan como recompensa la aprobación de los hijos. Otros creen que su función está cumplida si son eficaces proveedores materiales ("a mi hijo no le falta nada, no tiene por qué quejarse; sólo espero que cumpla conmigo"). Y están los que, desbordados por la complejidad del rol, se "borran", confían en que la madre se haga cargo o, a lo sumo, si ella sola no puede, un terapeuta. Estas tres categorías se dan tanto entre padres casados o separados.

El papel del padre en nuestra sociedad ha sido muy desvalorizado. Los movimientos de emancipación femenina, las justas reivindicaciones exigidas y conseguidas por las mujeres, combinadas con la inmovilidad y desorientación de los varones respecto de sus propios modelos tradicionales, contribuyeron a eso y a la sobrevaloración de la maternidad, al punto de imponer frecuentemente la nociva creencia de que una mujer se basta para ser "padre y madre" de sus hijos.

La ausencia del padre, ya sea física o como modelo emocional, como conductor y legitimizador de metas, como contenedor y consultor, deja heridas hondas, genera varones inmaduros en su identidad masculina esencial y profunda e hijas mujeres sin modelo referente de varón adulto maduro. En lo social, esa ausencia es generadora de violencia, delito, drogadicción (las estadísticas dicen que el 70% de los varones que están en cárceles o reformatorios provienen de hogares con padre ausente, descalificado o débil).

Con todas sus dificultades, la adolescencia es una oportunidad para que los varones podamos reconstruir, en vivencias cotidianas, en vínculos reales, cuerpo a cuerpo, alma a alma con nuestros hijos, ese lugar sobre el cual los modelos tradicionales son hoy insuficientes. El padre no puede ser el mejor amigo del hijo, debe ser el mejor padre posible. Y no debe buscar la aprobación del hijo, sino la contención y orientación del mismo. Esto significa presencia real (física y espiritual), comunicación, escucha y normas. Se pueden y deben poner normas y límites. Esto no es autoritarismo, siempre y cuando se expliquen las razones de esas normas, no se las conviertan en rígidas e inmodificables (los hijos crecen y se transforman, las normas deben hacerlo también) y se consensúen. El hijo que no está de acuerdo hoy, puede agradecerlas mañana. Y aun si no ocurriera así, lo importante es que se haya sentido en todo momento respetado como persona, no descalificado ni avasallado por una paternidad que trata de ocultar detrás de la fuerza sus propias dudas, incertidumbres e interrogantes. Ser padre es cosa de hombres. Y es cosa de hombres reconstruir la paternidad aquí y ahora.